

Dos escritos juveniles de Estanislao S. Zeballos

MIGUEL ÁNGEL DE MARCO
**Academia Nacional de la Historia –
Universidad Católica Argentina**
profdemarco@arnet.com.ar

RESUMEN

A poco de obtener el grado de doctor en jurisprudencia en la Universidad de Buenos Aires, Estanislao S. Zeballos, que no obstante su juventud había concretado ya diversas iniciativas culturales y ejercido el periodismo de batalla, adhirió a la revolución encabezada por el general Bartolomé Mitre en 1874 para oponerse a la asunción del presidente Nicolás Avellaneda. Fue nombrado capitán y secretario del comandante en jefe. Durante la campaña escribió un relato de sus días infantiles en la ciudad de Rosario y acerca de su ingreso al Colegio Nacional, y un boceto sobre el clima político previo a la elección de Avellaneda como presidente de la República.

PALABRAS CLAVE

Rosario - Pavón - Guerra del Paraguay - Mitre - Sarmiento - Zeballos.

ABSTRACT

Short after receiving a PHD in Law from the University of Buenos Aires, Estanislao S. Zeballos joined the revolution led by general Bartolomé Mitre in 1874 against president Nicolás Avellaneda. He then became secretary of the commander in chief with the rank of captain. During the campaign, he wrote his memories of his childhood in the city of Rosario and his student days in the Colegio Nacional, as well as a description of the political atmosphere during the 1868 elections.

KEY WORDS

Rosario - Pavón - Guerra del Paraguay - Mitre - Sarmiento - Zeballos.

El veinteañero doctor en jurisprudencia y director de *La Prensa* de Buenos Aires Estanislao S. Zeballos consideró que para ser consecuente con su prédica periodística debía incorporarse a las filas revolucionarias encabezadas por Bartolomé Mitre con el fin de oponerse a la asunción del nuevo presidente de la República, doctor Nicolás Avellaneda.

No obstante haber declarado, en junio de 1874, ante amigos políticos ávidos de soluciones drásticas, que “*la peor de las votaciones legales vale más que la mejor de las revoluciones*”, el jefe del Partido Nacionalista decidió ponerse al frente de la rebelión cuando se conoció la aceptación de los diplomas de diputados nacionales por Buenos Aires, elegidos en forma fraudulenta. El movimiento debía iniciarse, pues, el mismo 12 de octubre de 1874, cuando el mandatario saliente le cediese los atributos del poder a su joven sucesor.

Pero el 23 de septiembre el presidente Sarmiento decidió contrarrestarlo apenas tuvo la evidencia de que se hallaban comprometidos importantes jefes del Ejército, que podían estarlo algunos de la Marina y que la revolución contaba en Cuyo con el respaldo del general José Miguel Arredondo.

Un día después, cuando ya se conocía que Mitre estaba por llegar a la desembocadura del Tuyú con tropas mandadas por soldados veteranos, como el general Ignacio Rivas y los coroneles Francisco Borges y Benjamín Calvente, y que acababa de sublevarse un buque de la Marina de Guerra, *La Prensa*—dada la clausura de *La Nación* por parte del gobierno— asumió la condición de vocero del pronunciamiento a través de un editorial cuyo título, del estilo de Zeballos aunque lo firmara José C. Paz, “El último recurso”, expresaba: “El periodismo honrado y patriota no conoce más temperamento que trocar la pluma por la espada. Y bien, ¡ese momento supremo ha llegado ya! [...] Cerramos desde hoy la sección editorial para ponernos al servicio del pueblo en el terreno de los hechos”.

Sarmiento declaró el estado de sitio en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, y puso al frente de la represión al coronel Luis María Campos, en tanto que designó al coronel Julio A. Roca para batir a Arredondo.

Al asumir, Avellaneda nombró ministro de Guerra y Marina al autonomista Adolfo Alsina, que se aprestó a derrotar a sus adversarios políticos, los nacionalistas.

En tanto Mitre organizaba sus elementos de combate, entre quienes se encontraba Zeballos, capitán de la Legión “24 de Septiembre”, de guardias nacionales, al que nombró secretario militar, Arredondo parecía afianzarse en el oeste del país, sobre todo después de derrotar al coronel Amaro Catalán en la primera batalla de Santa Rosa.

Luego de variados incidentes en que quedó de manifiesto la escasa disciplina de sus tropas, en la que revistaban 1.500 indios de lanza del cacique Catriel, el general revolucionario se topó el 27 de noviembre en La Verde con un antiguo subordinado de la guerra del Paraguay, el teniente coronel José Inocencio Arias. Éste mandaba 800 hombres armados de certeros fusiles Remington. Les había mandado cavar defensas y esperó confiado el ataque. Mitre poseía en total 5.000 plazas que distribuyó en tres columnas, según el esquema clásico de las dos alas de caballería en los flancos y la infantería en el centro.

Próximo al sitio donde se encontraba Arias, le intimó rendición pero éste rechazó la exigencia. Los infantes de Borges se estrellaron contra constante fuego de fusilería que les causó grandes bajas. Las modernas armas del Ejército Nacional abrían claros entre los soldados *constitucionales*, que contaban con pocas de ellas. El batallón “24 de Septiembre” tuvo muchos muertos y heridos. Borges y otros jefes y oficiales se desangraban y fallecerían poco más tarde.

Luego de una hora, Don Bartolo comprendió que no le quedaba otro camino que la retirada para evitar que lo atacasen los cuerpos comandados por los coroneles Luis María y Julio Campos. Abandonó La Verde y marchó hacia 9 de Julio. En la noche del 27, contó no menos de 1.500 bajas, entre los 260 hombres caídos en el combate y los 1.000 guardias nacionales que desertaron. Arias había perdido sólo 40 efectivos. Perseguido por éste y por los hermanos Campos, Mitre contemplaba cómo sus tropas se desgranaban inexorablemente. Y el 2 de diciembre, sin voluntad para continuar la lucha, capituló en Junín ante Arias, a quien le entregó su espada, no sin obtener la amnistía de los ciudadanos que formaban parte de su ejército, el indulto de los soldados de línea y “garantías para la vida y el decoro de los generales, jefes y oficiales, desde el general Rivas hasta la clase de alférez”. Asumía así las consecuencias de ser el principal responsable de la revolución.

En Cuyo los revolucionarios iban a sufrir otra contundente derrota en manos de Roca, quien los venció completamente en la batalla de Santa Rosa, el 7 de diciembre de 1874.

En cuanto a Mitre, fue llevado preso al cabildo de Luján. Falto de recursos y alejado de sus seres queridos, pero dispuesto a ser fiel a su máxima de sobreponerse a las dificultades mediante la lectura y el trabajo, preparó plumas y cuartillas y decidió poner en el papel sus ideas sobre la *Historia de San Martín*. Amigos de la talla de Vicuña Mackenna le habían augurado que sería un “digno gemelo de su magnífico *Belgrano*”. Concluyó la introducción en la cárcel de Luján el 24 de febrero de 1875, y el 1 de marzo la publicó *La Nación*, en el folletín del primer número aparecido después de su prolongada

clausura. Luego afrontaría, preso en el cuartel de Retiro, un juicio militar por haberse alzado contra las autoridades nacionales.

El joven Zeballos, tan proclive como su general en jefe a descargarse a través de la escritura, redactó, casi sin correcciones, los dos documentos que más adelante se transcriben y que tratan respectivamente de sus años infantiles y del clima político previo a la elección de Avellaneda como presidente de la República¹.

TRAYECTORIA INICIAL DE ZEBALLOS

Estanislao Zeballos, como figura en su acta de bautismo, sin el agregado de “Severo”, segundo nombre posiblemente adoptado en el acto de su confirmación², vio la luz en Rosario el 27 de julio de 1854, en el hogar de doña Felisa Juárez y del teniente coronel Estanislao Zeballos.

Era éste un viejo soldado, que había nacido en el mismo modesto pueblo el 12 de agosto de 1802. Luego de ejercer actividades mercantiles se había fogueado en la lucha contra los indios y en distintos campos de batalla durante las guerras fratricidas. De regreso a Rosario, fue segundo jefe de las milicias locales entre 1848 y 1851. Participó en el pronunciamiento de Urquiza, peleó en Caseros y ascendió a teniente coronel. Como juez de paz de la villa, recién agraciada con el título de ciudad (3 de agosto de 1852), concretó diversas mejoras, como el establecimiento de la primera nomenclatura urbana, pues mandó confeccionar tablillas con los nombres de las principales calles³.

En cuanto a doña Felisa Juárez, “distinguidísima dama que gozaba de la mayor consideración social por su elevada cultura y por las altas virtudes que

¹ COMPLEJO MUSEOGRÁFICO “ENRIQUE UDAONDO”. Luján, *Archivo de Estanislao S. Zeballos*, manuscrito IS N° 158. Hemos modernizado la ortografía y respetado la sintaxis.

² Así me lo manifestó el destacado estudioso de la personalidad de Zeballos y académico, el embajador doctor Luis Santiago Sanz, cuando conversábamos sobre esa especie de enigma que constituía el segundo nombre.

³ Cfr. MIGUEL ÁNGEL DE MARCO, “Estanislao Zeballos (padre)”, en *La patria, los hombres y el coraje. Historias de la Argentina heroica*, Buenos Aires, Ediciones Planeta, 1998, pp. 68-71; LUIS SANTIAGO SANZ, “Vida del teniente coronel Zeballos”, en *Investigaciones y Ensayos*, revista de la Academia Nacional de la Historia, N° 55, Buenos Aires, enero-diciembre de 2005, pp. 343-401.

adornaban su espíritu selecto⁷⁴ contaba veintinueve años menos que su esposo, con quien había contraído nupcias el 16 de agosto de 1848⁵.

Como relata Estanislao S. Zeballos en sus *Memorias de un Patriota*, luego de asistir a una escuela familiar y de vivir los sucesos previos a la batalla de Pavón, se trasladó con los suyos a Montevideo en 1862, durante un breve lapso, por “desgracias de familia” y porque su padre no quería ver de nuevo cómo corría la sangre argentina en enfrentamientos civiles. Concurrían a la casa del veterano oficial, que se hallaba próxima a la Iglesia Matriz de la capital uruguaya, muchos argentinos. Entre otros temas se hablaba de la caída del gobierno de la Confederación. Al parecer, en esos encuentros el niño Zeballos escuchó una expresión con referencia a la retirada de Urquiza en Pavón, que recogió años después en otro escrito: “Nos vendieron como bolsa de galleta”⁶.

Antes que el teniente coronel Zeballos, regresaron a Rosario su joven esposa y sus hijos. Doña Felisa, deseosa de que Estanislao canalizara lo antes posible su desbordante energía y rapidez mental en estudios más o menos sistemáticos, lo inscribió en 1864 en la Escuela de Artes y Oficios inaugurada un año antes por don Isidro Aliau. Se trataba de un maestro de enseñanza primaria superior graduado en Barcelona, que había fundado en la ciudad un instituto particular hacia 1858 y que enseñaba a sus alumnos álgebra, cosmografía, historia antigua, elementos de física, de química y de historia natural, teneduría de libros y agricultura:

Quando ingresamos a ese establecimiento –allá por el año 1864– [dice Calixto Lassaga] nos toca de compañero de aula y de banco un muchacho inquieto y vivaz que fue poco a poco destacándose entre sus discípulos por su precoz inteligencia: ese muchacho se llamaba Estanislao Zeballos. [...] El director daba a sus alumnos un trato verdaderamente paternal y sabía hacerse querer y respetar de todos ellos al extremo de que sin esfuerzo alguno mantenía en clase la más completa disciplina. Su fuerte era la gramática y fue proverbial el adelanto de los discípulos en ese ramo del saber cuyo estudio, árido de suyo para lo general de los niños, resultaba ameno por la manera clara y sencilla

⁴ Cfr. CALIXTO LASSAGA, “Homenaje a la memoria del doctor Estanislao S. Zeballos”, en *Libro de Oro. En el 90 aniversario de su nacimiento [de Lassaga]. 1857-13 julio-1947. Homenaje de sus amigos*, Rosario, 1948, p. 122.

⁵ SANZ, op. cit., p. 345.

⁶ Cfr. ROBERTO ETCHEPAREBORDA, “Homenaje a Estanislao S. Zeballos en el cincuentenario de su muerte. Su trayectoria vital y su labor historiográfica”, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. XLVI, 1973, p. 271.

con que el maestro enseñaba los preceptos del arte de hablar y de escribir correctamente y con propiedad⁷.

El estallido de la guerra del Paraguay creó un clima de verdadero fervor en el hogar de los Zeballos. Su esposa se unió al grupo de señoras encargadas de reunir fondos para bordar la bandera del batallón 1º de Santa Fe⁸; sus hijas participaron en los agasajos a los oficiales voluntarios, todos jóvenes de familias conocidas de la ciudad, entre los que se destacaba por su juventud el subteniente Mariano Grandoli, de sólo dieciséis años, y Estanislao se halló en el cotidiano entrenamiento de esa unidad y de otras que se formaron después, al igual que en los desfiles, en la jura de las respectivas enseñas y en la partida de los cuerpos de la Guardia Nacional, haciendo flamear el improvisado pabellón confeccionado por su hermana.

No le bastó y, como señala en sus recuerdos, pretendió incorporarse como cadete, sin permiso de sus padres⁹, en un batallón veterano, el 6 de infantería de línea.

La reacción de su progenitor, que al enterarse le infligió un duro castigo; su casi inmediato fallecimiento, el 1 de julio, a los 62 años de edad, y la circunstancia de haberse mezclado, meses atrás, en violentas reyertas entre los dos clubes políticos enfrentados a muerte en la provincia, hizo que la madre de Estanislao moviera influencias para que la Cámara de Representantes santafesina lo becara, dada su escasez de recursos, a fin de que pudiese ingresar en el Colegio Nacional de Buenos Aires.

La legislatura tomó en cuenta los servicios prestados a la provincia por el teniente coronel Zeballos y le otorgó, con fecha 17 de agosto de 1865, una pensión de 25 pesos mensuales “hasta que termine su carrera literaria”¹⁰.

Al atardecer del 5 de abril de 1866 el niño llegó al instituto fundado por el presidente Bartolomé Mitre, y fue recibido por su director, don Alfredo Cos-

⁷ Op. cit., p. 205. En *Memorias de un patriota...*, Zeballos expresa una opinión peyorativa acerca de la enseñanza de la escuela.

⁸ “Curupaytí (El abanderado Grandoli)”, *op. cit.*, pp. 151-173; add. DE MARCO, *Banderas rosarinas en la guerra del Paraguay*, Rosario, Instituto de Investigaciones Históricas “Brigadier General Estanislao López”, 1958, pp. 7-9.

⁹ Era bastante frecuente la incorporación de niños a los regimientos de línea como cadetes o aspirantes, con el objeto de dar los primeros pasos para la carrera de oficiales. Cfr. DE MARCO, *La Guerra del Paraguay*, 1ª edición, Buenos Aires, Planeta, 1995, p. 76.

¹⁰ *Registro Oficial de la Provincia de Santa Fe (1863-1865)*, tomo IV, Santa Fe, Tipografía de La Revolución, 1889, p. 396.

son, francés como su predecesor y amigo de Amadeo Jacques, con quien había emprendido varios años atrás diversos proyectos en el interior del país¹¹.

Zeballos se destacó pronto entre sus compañeros, enlazó una amistad de toda la vida con el futuro ingeniero Emilio Mitre y escribió una novela denominada *Zálide o el amor de los salvajes*. También estrenó su pluma en las tareas periodísticas a través de una hoja de circulación interna que apareció en 1869 con el título de *El Colegial*. No tardó en acercarse a Cosme Mariño y a José C. Paz, quienes se disponían a lanzar un nuevo órgano de opinión: *La Prensa*, fundado el 18 de octubre del mismo año¹². Comenzó como cronista y en pocos años se convirtió en destacado redactor y director del diario.

Según Etchepareborda, en 1868 hizo un viaje al frente de operaciones en el Paraguay y fue nombrado teniente de infantería del ejército del Brasil¹³. No debió permanecer mucho tiempo, ya que aún concurría al Colegio Nacional donde seguía siendo un alumno brillante.

Su inquietud cívica lo llevó a formar parte del Club Argentino, de tendencia liberal, que se oponía al primer mandatario santafesino, Mariano Cabal. “El gobierno y su odioso círculo supo esto, le quitaron su pensión, dejándolo en la imposibilidad de seguir su carrera literaria”, le manifestó doña Felisa Juárez al doctor Martín Ruiz Moreno en carta fechada el 21 de marzo de 1870. Varios políticos rosarinos, decía, habían influido para superar esa situación, pero se hacía necesario que trabajase con el fin de pagar sus estudios. Por eso le rogaba al ex jefe político de Rosario durante la administración de Nicasio Oroño, que lo emplease en su estudio jurídico o en el de algún otro letrado amigo de la ciudad porteña: “Me olvido en este momento que Ud. es mi primo, pero me acuerdo al dirigirme a Ud. que es M[asón] y que mi hijo es huérfano, bastante título para Ud.”¹⁴. Zeballos lograría inscribirse enseguida en las facultades de Derecho y de Ciencias Naturales de la Universidad de Buenos Aires.

¹¹ Miguel Cané dejó un recuerdo entrañable de su persona en las páginas de su inmortal obra *Juvenilia*, Buenos Aires, 1939.

¹² Cfr. DE MARCO, *Historia del Periodismo Argentino. Desde los orígenes hasta el primer Centenario de Mayo*, Buenos Aires, Educa, 2006, pp. 211 y ss.

¹³ *Zeballos y la política exterior argentina*, Buenos Aires, Editorial Pleamar, 1982, p. 35. En una fotografía de la edad madura que se conserva en el Fondo Zeballos del Complejo Museográfico de Luján y en la que luce sus condecoraciones, se observa claramente la cruz que otorgó el gobierno de Brasil con motivo de la terminación de la guerra a los jefes, oficiales, suboficiales y soldados de sus fuerzas armadas y de las aliadas que participaron en las operaciones, lo que corroboraría su pertenencia al ejército imperial.

¹⁴ Cfr. ISIDORO J. RUIZ MORENO, *Literatura Histórica. Martín Ruiz Moreno y la Organización Nacional*, Buenos Aires, Librería-Editorial Histórica, 2006, p. 121.

Poco antes, en enero de 1870, había estado en Rosario y presenciado el retorno de los cuerpos de la Guardia Nacional que habían combatido por cinco largos años en la guerra del Paraguay. El desembarco y desfile se produjo con la presidencia del primer mandatario, Domingo Faustino Sarmiento. Zeballos vio a varios de sus conocidos en los carruajes destinados a los heridos y al contemplar la bandera del 1º de Santa Fe, sostenida ahora por el subteniente Frutos, rememoró a Mariano Grandoli, aquel adolescente al que había visto marchar con admiración en 1865, quien había entregado heroicamente su vida en las trincheras de Curupaytí. Escribió entonces unos versos “al que fuera y no volvió”, que por aquellos días circularon impresos¹⁵.

Sus múltiples intereses intelectuales lo hicieron asumir, en 1870, dos tareas que se sumaron a las universitarias pero que le permitieron enriquecer sus conocimientos sobre la guerra de la independencia a la vez que aproximarse a dos reliquias vivientes de la epopeya. Invitado por el general Jerónimo Espejo, oficial de San Martín que por entonces se aprestaba a redactar sus recuerdos del Ejército de los Andes, se convirtió en su escribiente honorario. Similar tarea ejerció durante el tiempo en que estuvo en Buenos Aires el prócer venezolano José Antonio Páez, uno de los capitanes de Simón Bolívar y ex presidente de su patria, a quien Sarmiento había designado brigadier general del Ejército Argentino para “asegurarle el reposo de sus últimos días”¹⁶.

Las postrimerías de enero de 1871 trajeron a la aún polvorienta e insalubre Buenos Aires el flagelo de la fiebre amarilla. De inmediato Zeballos se aprestó a colaborar activamente con la Comisión Popular que presidía José C. Paz. Fue designado secretario y se lanzó a las calles, como el resto de los miembros, con el objeto de salvar vidas, mientras se producía el éxodo de los que podían buscar en las afueras refugio contra el terrible mal, que si bien comenzó a ceder a fines de abril dejó un saldo de 13.500 muertos. El joven rosarino cayó víctima del flagelo pero logró superar sus consecuencias.

Diciembre de aquel año le traería a Zeballos, de apenas diecisiete años, momentos de agitación, cuando se puso al frente de sus compañeros de estudios para protestar por el suicidio del estudiante sanjuanino Roberto A. Sánchez, por haber sido reprobado injustamente en los exámenes. Dice Etchepareborda que la crisis “dio como resultante un movimiento amplio de

¹⁵ Un ejemplar se halla en el Museo Histórico Provincial de Rosario “Dr. Julio Marc”, junto con la carta que Grandoli escribió a su madre el día antes del ataque. En ella decía: “Mamá, mañana seremos diezmos por los paraguayos pero yo he de saber morir por la bandera que me dieron”.

¹⁶ Sobre la presencia de Páez en Buenos Aires, donde residió durante dos años entre fines de 1868 y comienzos de 1871, cfr. MIGUEL ÁNGEL DE MARCO, “El llanero venezolano Páez, proclamado brigadier general argentino”, en *Los hombres, la patria y el coraje*, cit., p. 209.

reforma” acompañado casi unánimemente por la opinión pública. Se decidió la separación de las cátedras de los profesores que integraban el tribunal y se produjo lo que se ha dado en considerar la primera reforma universitaria. En aquellas circunstancias, Zeballos propuso la creación de un centro estudiantil, al que se dio el nombre de “13 de Diciembre”, fecha en que se había producido el trágico hecho, y polemizó sobre el asunto con José A. Terry a través de *La Prensa*. Por otro lado fundó, con otros estudiantes, un periódico denominado también *13 de Diciembre*, que tiró quince números y contó entre sus colaboradores, además de Zeballos, con José María Cantilo, designado director; Lucio V. López, Francisco y José Ramos Mejía y Juan Carlos Belgrano, entre otros¹⁷.

Inquieto, estudioso, interesado en las cuestiones más variadas, impulsó en 1872 la creación de la Sociedad Científica Argentina, que aún subsiste. Entre sus compañeros de la Universidad de Buenos Aires halló adherentes para tan notable empresa. Incluso logró el concurso de Luis A. Huergo, que acababa de obtener el primer diploma de ingeniero expedido por ella, quien ocupó la presidencia. Zeballos fue nombrado secretario de la entidad, y desde esa función gestionó un subsidio de 20.000 pesos para que Francisco P. Moreno realizara su proyectado viaje de exploración a lo largo del Río Negro hasta llegar a la cordillera. Por aquellos días se desempeñó como escribiente y corrector de pruebas del sabio Germán Burmeister, director del Museo de Buenos Aires, quien por entonces se hallaba empeñado en la publicación del *Boletín* de la Academia de Ciencias de Córdoba, cuya fundación le había encargado años atrás Sarmiento.

En aquel mismo 1872 Zeballos disertó en la Facultad de Derecho de la que era alumno sobre el Tratado de la Triple Alianza, anticipando su interés por un tema que lo preocupó a lo largo de toda su existencia. Y dos años más tarde, se graduó de doctor en Jurisprudencia¹⁸ con una tesis acerca de *Apuntes sobre las quiebras, a propósito del proyecto de reformas del Código de Comercio*¹⁹, mientras impulsaba la edición de los *Anales Científicos Argentinos*, que en

¹⁷ *Homenaje...*, cit., pp. 253-254.

¹⁸ El 8 de abril de 1874 el ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires, de la que dependía la Universidad, lo autorizó a cursar el 4º año de Jurisprudencia. A la semana se matriculó en 5º año, doctorándose el 1 de agosto de dicho año. El 20 de noviembre de 1875 aprobó el examen de Procedimientos Judiciales y dos días después solicitó el título de abogado, que le fue otorgado el 18 de agosto de 1877, tras lo cual juró ante la Suprema Corte de Justicia bonaerense y se matriculó para ejercer la profesión. Cfr. LUIS SANTIAGO SANZ, *Personalidad de Zeballos: internacionalista y fundador de la Sociedad Científica Argentina*, Buenos Aires, Sociedad Científica Argentina, 1981, p. 10.

¹⁹ Buenos Aires, Imprenta a vapor de La Prensa, 1874, 43 pp., 1.

1876 pasaron a denominarse *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, nombre con el que siguen publicándose.

La revolución de 1874 lo sacó, como se señala al comienzo de esta introducción, de su ferviente actividad intelectual para llevarlo a empuñar la espada. A los veinte años, el niño que había soñado con pelear en las selvas paraguayas, como sus convecinos guardias nacionales, intervino en aquella estéril lucha fratricida convencido de que cumplía como “un patriota”.

Al volver reanudaría su labor ingente y polifacética, que en pocos años lo convertiría en una figura eminente de la política y la cultura argentina, cuya prolongada actuación sólo cesó con su muerte, casi medio siglo después.

* * *

ISN° 558

Memorias de un Patriota.

Por “Un voluntario”.

Capitán de la “Legión 24 de Septiembre” en la revolución argentina de 1874. Recuerdos de mi tiempo. Apuntes históricos de Estanislao S. Zeballos (abogado y periodista)

Nací en una época de agitación y de trabajo. Derrocada la tiranía de Rosas, las fuerzas activas del país concurrían a la obra de la organización nacional.

Los sucesos se precipitaban para darnos los ejemplos de Cepeda y Pavón, que tanto influyeron en aquella tarea.

Doña Juanita era una pobre señora que tenía unos ranchos en la ciudad del Rosario, en la importante calle de la Aduana²⁰. Ella vivía acompañada por dos honradas muchachas, primas mías, Florentina y Pascuala, que cosían para las tiendas y sostenían con el resultado de su trabajo a la achacosa anciana. Además aprovechaban su instrucción enseñando los primeros rudimentos de lectura y escritura a algunos niños parientes de ellas. Si bien doña Juanita no cobraba pensión a los educandos, solía de cuando en cuando suplicarles que le llevaran *cuatro reales* bolivianos para el fondo que hacía a fin de componer el techo de los ranchos.

²⁰ Maipú, en la nomenclatura actual. En la esquina de esa calle con Córdoba, se hallaba la modesta casa del matrimonio compuesto por el teniente coronel Estanislao Zeballos y por doña Felisa Juárez de Zeballos. En dicho solar se alza actualmente el Jockey Club. Cfr. MIGUEL ÁNGEL DE MARCO, “Estanislao Zeballos (padre)”, en *La Patria, los hombres y el coraje...*, cit, p. 68.

Entre los alumnos de esta escuela familiar me hallaba yo. Apenas había tenido ocasión de conocer las primeras letras y no contaba aún siete años cuando ya empezaba a sentir en mi alma emociones superiores a mis alcances intelectuales.

Una tarde, triste y larga como todas las que pasamos en la escuela después de un día de clases, estaba estudiando el *Catecismo* en el rancho de doña Juanita, cuando el redoble del tambor y los ecos sonoros de los clarines vinieron a difundir la animación y la tendencia a cerrar los libros entre nosotros.

Poco después los rumores crecían y un batallón bizarro y numeroso desfilaba con marcial aspecto por la calle de la Aduana²¹.

Niños y maestros volamos a la puerta.

Cuando todo hubo pasado, cuando solo se oía el rumor de la marcha y el eco de los instrumentos guerreros, interrogué a Florentina con la vista y la noté conmovida. Una lágrima ardiente regó su mejilla y de sus labios se escaparon estas palabras: “Dios te proteja, Eduardo”.

Sufría porque no hallaba la explicación de lo que veía. Músicas alegres y solemnes, lágrimas y bendiciones, ruido de armas, aspecto imponente de las tropas cuyas bayonetas ondulaban brillantadas por los rayos del sol, todo esto llegaba a mi alma como un misterio agradable a la vez que imponente.

Mi espíritu ardoroso necesitaba expansión y a pesar de las roncas amonestaciones de misia Juanita, yo promoví un diálogo con Juan José B., que era el mayor de los educandos y el más rudo.

Florentina lloraba, Pascuala estaba abatida y la buena vieja no era tan temible. Juan José, acosado por mis dudas, me dijo: “—Lanzo, esos van a pelear a los porteños”.

Poco tiempo después pasaba una gran multitud de gente con música, banderas y cohetes, dando vivas a los que se iban a pelear y como despidiéndolos en medio de bendiciones populares. Mi fantástico corazón estaba arrebatado. La idea de pelear por la patria me seducía, a la vez que nuevas dudas me asaltaban²².

²¹ Debía referirse al 1° de Guardias Nacionales, cuyos oficiales eran miembros de familias distinguidas de la ciudad. Poco antes, el cuerpo se había destacado en el ejercicio que se realizó en las barrancas durante la inauguración de una batería de artillería construida para hostigar a la escuadra de la provincia de Buenos Aires, pues ya se habían roto las hostilidades entre ésta y la Confederación Argentina. Cfr. *La Confederación*, Rosario, 11 de agosto de 1861. Add. M. A. DE MARCO, *Notas sobre la política santafesina, De Cepeda a Pavón*, Rosario, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales UCA. Instituto de Historia, Rosario, 1982, p. 59.

²² El Ejército Nacional, en el que formaban los guardias nacionales rosarinos, acampó el 26 de agosto a orillas del arroyo Pavón, mientras su vanguardia, al mando del coronel Ricardo López Jordán se adelantaba para cubrir la línea del Arroyo del Medio, cosa que hizo el 29.

Mi ardor me arrastró al olvido de mis deberes escolásticos.

“—¡Doña Juanita, doña Juanita!”, exclamé, “¡Qué bello es pelear por la patria!... ¿Qué es la patria?”.

“—La patria, dijo ella, es el suelo en que vivimos”.

Yo no comprendí el alcance de estas palabras y tal vez mi maestra lo ignoraba, pero algo había adelantado y estaba contento.

Dieron las cuatro y salí para casa. Allí hablé a papá, viejo soldado, que por última vez combatió en Caseros contra Rosas. Le pedí que me mostrara su espada y le dije: “—Papá, ¿puedo ir a pelear por la patria?”. Mi noble padre me abrazó lleno de gozo y respondió con un beso ardiente a mi candorosa pregunta.

II

En 1862 vivíamos en Montevideo donde nos habían llevado desgracias de familia, y según decía mi padre, el deseo de no ver correr la sangre argentina en las guerras civiles. Vivíamos en la calle de Ituzaingó, a cuadra y media de la Catedral hacia el sur, donde yo gozaba contemplando las agitaciones del mar [sic.: Río de la Plata] que azotaba los cimientos graníticos de la ciudad y las blancas velas que recorrían en todas las direcciones las dilatadas aguas.

Mi padre recibía de visita a gran número de argentinos que como estudiantes o rentistas vivían en Montevideo. Mi madre y mi hermana mayor hacían los honores de la casa con toda la fineza de que es capaz una señora ilustrada, virtuosa y amable.

Un día la conversación de los amigos era ardiente y agitada, llegando hasta conmover a mi anciano padre.

Hablaban de generales y batallas, de sangre vertida en guerra civil, de traiciones y cobardías, de Buenos Aires y la Confederación. Unos decían que el general confederado²³ habíase portado mal en una batalla que llamaban de Pavón. Opinaban otros que al contrario había peleado mucho y que un famoso batallón “Palma” había sido diezmado²⁴. El hecho es que todos estaban con-

El 17 de septiembre tuvo lugar la batalla de Pavón, y si bien el batallón rosarino se batió con valor, en general la infantería confederada no hizo un buen papel. Cfr. *Notas sobre la política santafesina...*, p. 63.

²³ Capitán general Justo José de Urquiza.

²⁴ Como el resto de la infantería confederada abandonó el campo en desorden. La excepción fue el segundo batallón de Guardias Nacionales comandado por el teniente coronel José María Ávalos y denominado “Centeno” en homenaje al coronel Dámaso Centeno que había muerto al frente de su cuerpo dos años antes en la batalla de Cepeda. Cfr. EUDORO Y GABRIEL CARRASCO, *Anales de la Ciudad del Rosario de Santa Fe*, Buenos Aires, Peuser, 1897, p. 499;

testes en afirmar que las armas de Buenos Aires habían sido coronadas por la victoria.

Mi padre oía todo con vivo interés y comprendía yo que las cosas del país en que nació le interesaban profundamente. A la vez que tal sucedía, mi espíritu era asaltado por los recuerdos, y la lección de doña Juanita sobre la patria se agitaba con vigor en la memoria.

Una idea vaga, una presunción indefinida me decía que la patria era algo más de lo que doña Juanita me enseñara. Y sin pensarlo compartía las emociones de mi padre, porque con mi carácter bullicioso me asociaba a las tertulias y a los amigos que la formaban, entre los que tenía grandes simpatías, dado el afecto con que me trataban.

Un año más tarde llegaba yo con mi madre al Rosario, ciudad de mi nacimiento y de mis infantiles recuerdos.

Llegué al puerto a las nueve de la noche. Las numerosas luces de los buques fondeados, el eco de los instrumentos musicales de los marinos, el ruido de la ciudad, la algazara de sus calles pobladas de tiendas y cafés brillantemente iluminados, el cielo tranquilo y rutilante que moría en el horizonte, el eco de las campanas religiosas, los abrazos de los amigos y de los parientes, la presencia del antiguo y solitario hogar, afectaban mi corazón produciendo dulces emociones, tristes recuerdos, inexplicables sensaciones.

Mi madre repetía sin cesar que el cielo de la patria no tenía igual sobre la tierra, y mi alma de niño era en ese momento el alma de un patriota.

III

Corría el año 1865. Más de veinte muchachos que estábamos en la escuela de don Isidro Aliau en el Rosario habíamos inventado un género de tertulia que nos divertía y aprovechaba tanto como a los viejos veteranos la no menos vieja malilla²⁵.

Apenas oscurecía nuestro punto de reunión era el atrio de la estrecha, incómoda y pobre iglesia parroquial, cuyo teniente cura, fray Diego Ximenes, de la Orden de San Francisco, me enseñaba a ayudar misa, lo cual era un serio honor en aquel lugar y en esos tiempos.

Sentados en las gradas del vestíbulo iniciábamos nuestra tertulia de juegos infantiles con gran bullicio, hasta que éste era apagado por el ruido de

add. M. A. DE MARCO, "La bandera del batallón Caseros", *La Capital*, Rosario, 19 de junio de 1960.

²⁵ Juego de naipes en que la carta superior o malilla es para cada palo el nueve.

los carruajes que se aproximaban al templo. Seguramente había casamiento o bautizo.

Entonces yo y un compañero, que la suerte llevó a morir como oficial del regimiento de caballería de línea “General Lavalle”²⁶, nos escurríamos a la iglesia o donde no entraban otros muchachos. Ayudábamos a fray Diego en el oficio y percibíamos una cuota de los padres o padrinos, variando aquella según la fortuna de los donantes. Luego nos lanzábamos a la calle y nos confundíamos con el resto de la gavilla, dando comienzo a los gritos especiales de “–Viva el padrino pelado que no tiene un cuartillo para el bacalado”. “Viva la madrina reboso de harina”.

Arrojados al aire los puñados de cobres, nos lanzábamos al suelo en *veinte uñas*, según nuestra frase entonces muy usada, y producíamos una vocinglería suficiente para poner en alarma a la policía que se hallaba a doce varas enfrente de la iglesia.

Nuestra tertulia terminaba con una carga de infantería traída por los vigilantes armados de bastones que eran *picantes* al decir de los camaradas que sufrieron golpes en varias ocasiones.

Dispersos al aproximarse el enemigo ganábamos la arboleda de la plaza e iniciábamos nuestro ataque a piedra contra los celadores del orden público, terminando por irnos a la orilla del río Paraná a rematar la noche en medio de gritos y signos que servían para reconocernos, tales como *Tierrita, Gordo, Pedro, Fiú Fiú, José* y otros que la iglesia o la tertulia nos había adjudicado.

Una noche hacía muy pocos momentos que nos hallábamos en el campo de nuestras risas y sustos cuando entró a la plaza un grupo de gente con un bombo, unos platillos y dos o tres cornetas que producían un ruido detestable.

Levantarnos, reconocer el grupo y asociarnos al rum-rum, todo fue obra de segundos. Allí se gritaba: “Viva la República Argentina”, “Viva Buenos Aires”, “Abajo el gobierno del Paraguay”.

Mi cabeza era un volcán y mi garganta prorrumpía en vivas y exclamaciones atronadoras sin saber a quién ni por qué.

Allí estaban los principales comerciantes del Rosario, varios vecinos y otros personajes, entre los que no faltaban algunas decenas de mozos de cuerda.

²⁶ Unidad que llevaba el número 11 del arma y se halló entre las fuerzas de la División Puan durante el establecimiento de la nueva línea de fronteras, en 1877. Cfr. *Memoria especial del Ministro de Guerra y Marina. Año 1877*, Buenos Aires, Imprenta del Porvenir, 1877. Una edición más reciente es *La nueva línea de Fronteras. Memoria especial del Ministerio de Guerra y Marina. Año 1877*. Adolfo Alsina, Buenos Aires, Eudeba, 1977.

Un joven rubio de bello aspecto, llamado Tiburcio Benegas, subió a uno de los bancos que rodeaban la pobre y desolada pirámide de la plaza, y sosteniéndose con gran fatiga en el trémulo y desclavado asiento, habló con mucho brío y fuerte voz, de tiranos, de insultos a la bandera argentina, de guerra y de nuestros hermanos de Buenos Aires que acudían a unírseles para borrar tamaño ultraje.

El orador era saludado con aplausos y vivas muy sonoros, que me tenían ebrio de gozo y fuera de mí, aunque nada entendía. La única cosa que veía clara como el disco de la luna de esa noche memorable, era que la palabra patria tenía el suficiente poder para animar y dar vigor a tantos corazones.

El grupo que acrecía, instantáneamente se precipitó a las calles acompañado por el estrépito de las campanas, de las músicas, de los cohetes y de las voces humanas.

Esa noche volví a casa a las once, faltando a mi deber que me obligaba a estar en en cama a las nueve.

Felizmente la familia se hallaba entretenida con un pretendiente de mi bella hermana y yo pude escurrirme hasta mi lecho en el que me hice una bola, arrullado por las impresiones arrebatadoras de esa noche²⁷.

IV

Al día siguiente el tema de la conversación de todas las personas que veía era la guerra con el Paraguay.

A pesar de ser estudiante de geografía carecía absolutamente de ideas sobre ese país, e ignoraba si era de este o de otro mundo.

Mi hermana me hizo saber que el joven pretendiente a que he aludido antes había permanecido algún tiempo en el Paraguay. Tal noticia fue para mí una revelación.

A la hora de ir a la escuela me preparé y salí pero apenas me alejé de la custodia paternal mudé de rumbo y fuime a casa de don Manuel A., joven ilustrado y de cuya conversación esperaba sacar gran provecho.

²⁷ Zeballos narró este episodio en forma más completa al agradecer el homenaje de que fue objeto el 14 de mayo de 1910 en el Prince George's Hall, de Buenos Aires. Al referir la convocatoria a combatir junto a los hijos de Buenos Aires formulada aquella noche, dice que una voz, "traduciendo la impresión que dominaba al grupo", gritó: "¡No necesitamos de los porteños para vengar el honor nacional ultrajado!", manifestación bastante comprensible si se tiene en cuenta que habían transcurrido menos de cuatro años de los sucesos de Pavón. Cfr. *Revista de Derecho, Historia y Letras*, año XII, tomo XXX, Buenos Aires, 1910, p. 453; add. M. A. DE MARCO, "Estanislao Zeballos evoca los días de la guerra del Paraguay en Rosario", *La Capital*, Rosario, 4 de septiembre de 1987.

La recepción fue tan cordial y brillante cual si yo fuera un enviado de alguna potencia extranjera.

A los risueños saludos y apretones de manos se sucedieron mil otras cortesías y preguntas sobre la familia y muy especialmente sobre mi hermana, que la noche anterior quedó incomodada, ignoro si por la pesadez de la atmósfera o por otra causa.

Inmediatamente salió un doméstico a la confitería de Peirano²⁸ a buscar masas y azucaradas frutas, mientras que mis bolsillos y manos se llenaban de obsequios de otro género, entre los que iba un hermoso grupo de porcelana representando costumbres de la época de Luis XIV.

Apenas había cargado mis bolsillos llegaron las masas y dulces con los que cargué mi estómago, diciendo para mi coletito: “¡lo que vale tener lindas hermanas!”.

Inicié con toda insolencia mi conversación sobre el Paraguay y supe que era una nación vecina, cuyo áspero y montañoso territorio ofrecía mil y mil desventajas a nuestros ejércitos, y supe también que sus hijos se batían como leones.

Estos breves datos exaltaban mi entusiasmo. Las oscuras nociones sobre el patriotismo que antes me agitaban tomaban por momento formas definidas y resolví correr yo también en defensa de la bandera nacional asociándome a la juventud rosarina que con millares de ciudadanos llenaba voluntariamente los cuarteles y se alistaba en las filas del Ejército.

La patria no era ya para mí el suelo en que vivía; era todo el territorio argentino, su gobierno, las familias, las ciudades, los ejércitos, la bandera que ellos llevaban, las aguas de nuestros ríos caudalosos, las mieses de los fecundos campos, el espacio y los serenos cielos. En fin, todos los objetos y concepciones que me rodeaban desde los primeros pasos de mi vida.

Un enemigo vencedor debía ser terrible. Todo lo arrasaría, humillaría a mis padres, incendiaría los verdes y cultivados campos, teñiría de sangre las aguas puras de los ríos y con el humo del incendio cubriría el limpio celeste de los cielos. Yo mismo sería su esclavo. Era necesario pues ceder a las palpitaciones de un corazón volcánico y correr en defensa de la patria.

²⁸ El café de Peirano, ubicado en la calle Córdoba casi esquina Comercio (hoy Laprida), a pocos pasos del hogar de Zeballos, era ámbito de las reuniones del Club del Pueblo, como el café de Gigena, que se hallaba en la calle San Luis, servía de base de los adictos al Club Libertad. Ambos grupos políticos se habían enfrentado a tiros y puñaladas, además de atacarse a través de una prensa procaz, en los comicios del 15 de agosto de 1864 y en las elecciones para gobernador del 23 de enero de 1865. Cfr. JUAN ÁLVAREZ, *Historia de Rosario*, Buenos Aires, 1943, pp. 375-376; add. MIGUEL ÁNGEL DE MARCO y OSCAR LUIS ENSINCK, *Historia de Rosario*, Rosario, Museo Histórico Provincial Dr. Julio Marc, 1978, p. 178.

A la sazón llegó el batallón 6º de infantería de línea, espléndido cuerpo comandado por el denodado y sereno coronel don José Miguel Arredondo. Reputado como uno de los primeros de nuestro Ejército y dotado de una oficialidad decente y educada, me cautivó de tal modo que me presenté a sentar plaza en él. Escuchaba y ejecutaba con gusto las lecciones y movimientos que me enseñaban alternativamente los tenientes [Pedro Nolasco Salvador] Tula, [Patrocinio] Recabarren y [Edelmiro] Avellaneda²⁹⁻³⁰ con quienes me reunía durante las horas destinadas a la escuela en la que mis padres me creían.

El que mal anda mal acaba, se dice, y en verdad que mi padre no tardó mucho en apercibirse de mi conducta. Un día me interpeló y de las palabras se permitió pasar a las vías de hecho. Después del castigo que me fue muy doloroso, tanto más cuanto que ya tenía las ínfulas de cadete del 6º de línea, sufrí una horrible humillación.

Yo tenía por entonces una gran inclinación hacia las niñas solteras (perdóneme la que va a ser mi esposa) y era según la frase de mi santa madre, un presumido.

En aquel día negro en que fui castigado estaban de visita en casa las señoritas de M. cuya belleza conmovería a un infante, a un joven y a un anciano. Mi padre tuvo la ocurrencia de llevarme delante de ellas en el triste estado en que me hallaba con los ojos bañados en llanto, no porque el dolor hubiese sido grande sino porque cuanto más lloraba menos fuerte era el castigo.

Si bien este suceso enfrió un poco mis ideas patrióticas, yo no dejé por eso de seguir con vivísimo afán la cuestión del Paraguay. Cuando llegaban tropas de paso yo era el primero que visitaba los cuarteles.

Cuando venían vapores de Corrientes era el primero en esperarlos para saber el resultado de las primeras operaciones.

Reflexionando un día sobre la manera como había yo de concurrir a favor de mi patria me acerqué a mi buena madre y le rogué que obtuviera la aprobación de mi padre para un plan que iba a desenvolverle.

Compráramos una vara de merino azul y otra de merino blanco y además un poco de esmalte amarillo. Con tales materiales mi hermana debía hacer una bandera argentina con sol y con borlas. Un compañero llamado Domingo Palacios tenía un asta y todo quedaba a las mil maravillas.

²⁹ Los dos primeros son hoy tenientes coroneles y el segundo murió ante los muros de Curupaytí el 22 de septiembre de 1866.

³⁰ Tula y Recabarren llegaron a generales de brigada y Avellaneda cayó como teniente 1º del 6 de línea. Cfr. ABELARDO MARTÍN FIGUEROA, *Ejército Nacional. Escalafón de Oficiales de las Armas del Ejército de Línea. 1862-1902* (con prólogo de Miguel Ángel De Marco), Buenos Aires, Ejército Argentino, 2002, passim.

Cuando llegase alguna noticia favorable a nuestras armas yo saldría con mi bandera y asociado a los demás niños y compañeros de vecindad, que no éramos menos de treinta, nos plegaríamos a las manifestaciones y serenatas populares. Mi padre muy grave y serio no aceptó la idea y quedé muy abatido.

Por esos días tuvimos la tremenda desgracia de perderlo víctima de una breve cuanto penosa enfermedad.

Huérfano de padre y siendo el mayor de los varones me creía un coloso, porque mi madre repetía sin cesar: “Hijo mío, tú eres mi única esperanza”.

Cuando la resignación y la calma reinaban en el seno de mi desolada familia, no me fue difícil realizar mi plan, y la hermosa bandera argentina que me hicieron flameó en las calles del Rosario pocas noches después celebrando la rendición de Uruguayana³¹.

Esa noche la ruidosa manifestación que seguía a mi bandera, compuesta de cien chiquillos, se dirigió a la casa del coronel Pablo Díaz que era jefe de Estado Mayor en el Rosario y que representaba al gobierno de la República. Después de cantar el Himno Nacional volvimos a la calle.

A las doce regresé al hogar con mi bandera. Iba cubierto de sudor, lleno de tierra, ronco y jadeante, cual si me retirara del sangriento campo de batalla.

V

Por esos días hubo una grave agitación política.

Se trataba de elevar al gobierno de Santa Fe al distinguido ciudadano don Nicasio Oroño.

La gente con quien conversaba en casa lo tenía en un alto concepto y se le reputaba capaz de hacer la felicidad de la patria. Esto era suficiente recomendación y yo me prendí la divisa del *Club Libertad* que lo sostenía.

El día de las elecciones³², fugué de mi caliente lecho a las cinco de la mañana.

Ellas fueron memorables por la sangre que costaron.

En lo más recio de la lucha que tenía lugar en todas las calles a bala, arma blanca y piedra, se desprendió del atrio de la Iglesia el grupo en que yo estaba y corrió hacia la calle de mi casa, que era al lado de la Policía, a proteger a otros correligionarios.

Yo iba con un viejo fusil, que apenas podía cargar y que obtuve con gran trabajo en un corralón.

³¹ 18 de septiembre de 1865.

³² Ver nota 9.

Al pasar por las ventanas de casa, mi madre que estaba desesperada al no verme a su lado durante aquel día horrible, me conoció y lanzó un grito que me hizo volver la cabeza, pero que no me detuvo.

Sin embargo, en ese momento una mano de hierro me sujetaba del pescuezo y en un abrir y cerrar de ojos estaba en el patio de casa llevado por Albina, buena y robusta sirvienta que se crió al lado de mis padres. Mi madre pálida y trémula se hallaba confusa. En su rostro leía intenciones de reprenderme y de abrazarme.

Me estrechó violentamente entre sus brazos. Segura después de que nada me había sucedido en las horas calamitosas de esa mañana, me amonestó acremente y resolvió allí mismo alejarme de su lado para enviarme a un rígido colegio donde dominasen mis ímpetus de aventurero.

VI

El Colegio Nacional de Buenos Aires dirigido por el señor don Alfredo Cosson era el mejor establecimiento de educación a donde podía mandarme mi madre, y es el primero de la América del Sur a mi juicio.

El gobierno de Santa Fe agradecido a los servicios prestados por mi padre expidió un decreto acordando beca y pensión para costear mi carrera literaria en aquel establecimiento.

Aunque antes fui rebelde al estudio, al extremo de que en una ocasión obtuve una medalla de cobre y la arrojé a la calle al salir del salón de premios, recibí con gran júbilo la noticia de mi partida a Buenos Aires que debía tener lugar el 4 de abril de 1866.

Llegó ese día tan ansiado por mi alma ávida de emociones y de expansión en dilatados horizontes.

El 5 de abril llegaba al Tigre el vapor *Ibicuy* y en la noche de ese día me alojé en el Colegio Nacional en medio de la curiosidad de todos los compañeros futuros, entre los que no tardé en hacerme de amigos leales que aún conservo con gusto.

Sabía leer regularmente porque me enseñó mi madre, y escribir mal porque eso lo aprendí en la escuela.

Sin embargo, mi espíritu estaba predispuesto a guiarme por el buen camino y me animaba el deseo de saber, en la esperanza de que si en la guerra del Paraguay no había sido útil en otra llegaría a general con la ayuda de Dios.

VII

Mis progresos fueron rápidos. En los años de estudio que completé di exámenes en los que fui honrado con la calificación de sobresaliente. Hallábame en tercer año de estudios preparatorios. Había ojeado ya centenares de páginas de la historia.

Conocía Grecia y Roma desde los tiempos memorables, después de haberme empapado en las referencias sucintas que pude hallar de la historia de Oriente.

El espectáculo de los pueblos antiguos examinado atentamente a través de los tiempos y lejos de sus actuales ruinas y despojos sobrevivientes había abierto nuevos horizontes a la imaginación calenturienta.

Scevola, Cocles y los Horacios sacrificándose por Roma patria de sus padres y señora de sus corazones vigorosos; los diez mil griegos de Maratón, los trescientos compañeros de Leónidas, honra y luz de las Termópilas, Alejandro con sus huestes vencedoras desde las orillas del Egeo al centro del Oriente, en fin, los ejemplos palpitantes que ofrece cada hoja del libro inapreciable del pasado, venían a robustecer en mi espíritu la noción de patriotismo y a iluminar el camino de mi vida. La juventud de Esparta llena de fuerza física, creada con la mayor dureza, heroica en las batallas, noble y pundonorosa en las ciudades; la juventud de Atenas rica en valor, fecunda en fuerte patriotismo, deslumbrante por su genio y sus aplicaciones a las bellas artes, me servían alternativamente de modelos y deseaba profundamente imitarlas, aunque lo creía difícil en la época de corrupción y decrepitud en que yo vivía.

Era el período en que se debatía con ardor la cuestión de candidaturas para presidente de la República en reemplazo del general Mitre.

Fue electo el señor Sarmiento.

Habiendo llegado de los Estados Unidos tratábase de hacerle una ovación.

Una noche presentóse en el Colegio Nacional un sujeto empleado de *La Tribuna* y pidió al rector que dejase salir a los alumnos para que pudieran visitar al nuevo presidente. Salimos inmediatamente y sin saber cómo ni por qué nos encontramos en una sala de la calle Belgrano, acompañando una verdadera pueblada que quedó parte en la calle. En la dicha sala estaba un viejecito un tanto jorobado, con gorro y con un *robe de chambre* chinesco. Era Sarmiento. Ignoro lo que pasaba porque aún las cosas llegaban muy confusas a mi mente.

Sólo recuerdo que el señor Sarmiento tradujo unas cartas acaso japonesas en que le hablaban de escuelas, y que un diputado de apellido Padilla³³ dijo que Sarmiento era un viejo muy meritorio porque había llevado chasqui seco a un ejército que se retiraba a los Andes³⁴.

Nos retiramos de allí, muy satisfecho y enorgullecido yo del papel que hice esa noche y que después comprendí ser de *bulto* y nada más.

Nos dirigimos a la casa de Alsina y allí comencé a gritar como un tunante. “—¡Que hable del Valle, que hable del Valle!”, a quien ni de vista conocía, pero de quien había oído decir vertía de sus labios más palabras que un torrente. Alguien me dijo: “—Mocito, no diga eso que está peleado con Alsina”. Entonces me asocié a otros gritos que por ser de poco interés paso por alto.

Lo único que pude retener del solemne palabreo de tal momento fueron algunas ideas. Alsina quien se lamentaba de que lo hubiesen creído traidor por haber figurado como vicepresidente al lado de la candidatura de Urquiza, pues según se decía, su intención no era otra que engañar a don Justo y debilitar a los mitristas para triunfar con Sarmiento. Un desconfiado decía esa noche: “—Estas son músicas... Con Urquiza y con el diablo es capaz de unirse para subir”. Todo terminó momentos después. Figúrese el lector cómo iría mi cabeza cuando entré al colegio.

Durante dos días estuve tan distraído que no pude estudiar.

XVII

Tal fue mi primer paso en la vida política.

La campaña de 1874. Apuntes sobre las operaciones del Ejército Constitucional de Buenos Aires. Por Estanislao S. Zeballos (Capitán de la Legión “24 de Septiembre”)³⁵

LA REVOLUCIÓN

³³ Ángel Padilla, diputado por Tucumán. Cfr. *El Parlamento argentino. 1854-1947*, Buenos Aires, Cámara de Diputados de la Nación, 1948, p. 378.

³⁴ Posiblemente se refería a la retirada de las milicias sanjuaninas a las que Sarmiento pertenecía, frente al incontenible avance de las tropas de Facundo Quiroga sobre San Juan, luego de haber entrado en Mendoza tras el triunfo de Chacón, el 28 de marzo de 1831. Cfr. ALLISON WILLIAMS BUNKLEY, *Vida de Sarmiento*, Buenos Aires, Eudeba, 1966, p. 74.

³⁵ A pesar del título de este escrito, no se hace referencia alguna a las operaciones militares, lo que hace pensar que, redactadas las primeras páginas, el autor lo dejó inconcluso.

En 1873 las luchas políticas habían causado gran agitación. Los pueblos se conmovieron y lanzaron al terreno de la jornada electoral para elegir presidente y vicepresidente de la República Argentina.

Los candidatos que dividían entre sí las simpatías públicas eran los doctores don Adolfo Alsina y don Nicolás Avellaneda, y el general don Bartolomé Mitre³⁶.

Séame permitido emitir mis vistas sobre los tres hombres que han sido el blanco y el motivo de la más ardiente de las contiendas políticas de nuestro país.

El lector, con cuya amistad cuento en mi humilde posición de leal narrador de cuanto he visto, conocerá cuáles han sido los motivos que me han llevado a jugar un rol activo en los sucesos, lo que si bien nada importa con relación a mi falta de personalidad política, interesa para que pueda darme el crédito que la honradez y la independencia de mi palabra merecen.

II

EL DOCTOR DON ADOLFO ALSINA

El doctor Alsina ha sido juzgado con severo criterio por la opinión pública que lo obligó a retirar su nombre de la lista de pretendientes a la primera magistratura.

Es hombre inteligente, pero sin ilustración de ningún género. Posee ideas y nociones vagas sobre ciencias sociales que ha adquirido por su contacto frecuente con los hombres ilustrados del país, entre los que ha vivido ya como caudillo electoral, ya como representante, ya como magistrado.

Carece de voluntad para consagrarse al estudio, y dada la inmensa agitación de su vida, siempre llena de deseos de mando, cualquier especie que sea; no dispone tampoco de tiempo para hacerse un hombre de saber...

La prueba de esto la hallaríamos en una larga serie de hechos que le son propios, de los que citaremos sólo uno para no ser fatigosos al lector. Es doctor en jurisprudencia pero no es abogado.

La prenda brillante del doctor Alsina, el talismán que lo ha llevado a flotar en las superficies oficiales; la faz característica de su persona es la audacia con que se dedica al servicio de sus ambiciones sin límites. La audacia sin energía no podría darle jamás provechosos resultados. De esta suerte todos los progresos del doctor Alsina en su carrera pública se presentan con ropaje

³⁶ Había también, aunque insignificantes, afectos a las candidaturas de los doctores don Manuel Quintana y don Carlos Tejedor.

nada simpático al ojo de los verdaderos patriotas, porque llevan el sello de la imposición.

Dotado de un carácter especial, ha sabido rodearse de elementos de acción, que dispensándole una adoración extraordinaria, escuchaban su voz y obedecían sus gestos como mandatos de un supremo poder.

La gente de acción es exigente en todas partes del mundo. Ella ofrece todo hasta su sangre, y la derrama, pero vuelve por la recompensa y entonces todo es poco para satisfacerla.

De ahí que el doctor Alsina se vea siempre asediado por una multitud de gente sin patriotismo, a la que ha dedicado y dedica una protección y afecto especiales, con exclusión de una gran mayoría de los hombres ilustrados que lo han acompañado aun en medio de sus imborrables faltas.

La verdad de mi apreciación se encuentra prácticamente traducida en el gobierno y en la prensa, con muy escasas excepciones.

Mirad a la Legislatura. ¿Qué veis? Allí no están las fuerzas vivas de la provincia, ni las brillantes inteligencias que la honran, ni los hombres que han realizado sacrificios culminantes por la causa de la patria.

Leed la prensa alsinista y la hallaréis personal, descomedida, sin criterio y falta de unidad. En una palabra, es un pálido lienzo en el que muchos pinceles trazan rasgos que profanan el arte: pinceladas de amigos del doctor Alsina y no de patriotas ilustrados.

Es que, con una que otra excepción, la inteligencia y la ciencia no han sido llamadas a dirigirla y darle brillo.

De esta observación deducimos también que el doctor Alsina es absoluto en sus opiniones. Las contradicciones lo irritan y si alguna vez ha cedido, sin duda lo haría abrumado por el odioso peso de una gran necesidad.

Como hombre de parlamento el doctor Alsina nunca nos ha deslumbrado. Sus discursos son fogosos como su carácter, sonoros como su voz, sin fondo científico, como su cabeza, llenos de rasgos de audacia pero sin novedad, sin chispa literaria suficiente para suplir la falta de sus conocimientos. Sus palabras son vulgares como sus figuras.

El doctor Alsina habla a los sentidos y al corazón de los que se exaltan al escuchar voces sonoras, pero no a la razón que busca la luz entre las dudas, ni a la inteligencia que necesita la calma para apreciar.

Ha sido y es un hombre de acción con pretensiones de hombre de estado. Un caudillo de ciudad con aspiraciones a mandarlo todo en nombre del pueblo, cuya voluntad y favores nunca ha obtenido.

Ha afirmado siempre que se sacrifica por el pueblo y es al contrario éste el que sufre por él.

Resuelto a no detenerse en medios, le bastan veinte hombres disciplinados para decir que lo rodean las simpatías públicas.

Dueño de los destinos públicos los distribuye entre aquellos de sus adherentes que más sumisos y decididos se han manifestado, con exclusión de la idoneidad y aun de los viejos servidores.

Tales son las facces que hemos considerado principales en el hombre que se presentaba con todos los elementos oficiales a disputar la presidencia de la República.

Con los elementos oficiales, hemos dicho, y seremos más explícitos. Uno de los actuales ministros del doctor Avellaneda recelaba en época no lejana de que el doctor Alsina fuese una calamidad pública y escribía así en las páginas de un diario de gran circulación³⁷:

Los elementos oficiales

En la administración provincial, casi todos los elementos son alsinistas.

Con excepción del gobernador y sus ministros, que por su propia dignidad se han abstenido hasta hoy de manifestar simpatías electorales, la mayor parte de los demás empleados son alsinistas y se conservan en sus empleos hasta contra las indicaciones de la opinión que les viene sugiriendo el deber de dejar sus puestos elevados y de confianza para que puedan trabajar con más libertad a favor de su candidato.

Con esta composición, por más prescindente que quieran ser el gobernador y sus ministros, todos los nombramientos responderán a la referida candidatura más tarde o más temprano, y entonces quien no sea un iluso dará crédito a las protestas de imparcialidad que afectan guardar hasta hoy el gobernador y sus ministros.

En la administración nacional, la candidatura del doctor Alsina tiene casi todos los empleados del Ministerio de la Guerra, razón por la cual la opinión increpa al mismo ministro favorecer dichos trabajos en la medida que proyecta con motivo de la guerra de Entre Ríos.

Tenemos entonces que la candidatura que se dice *virgen* y nacida sólo de las corrientes populares, dispone de casi todos los elementos oficiales de la provincia y los dirige desde puestos elevados, y una de las reparticiones nacionales cuenta también con sus empleados haciendo reflejar sobre el ministro igual participación.

³⁷ *La Prensa* del 10 de mayo de 1873, N° 1033.

Felizmente nos alimenta todavía la esperanza de que los altos funcionarios dignos resistirían a hacer el papel de agentes de tales trabajos electorales desde su bufete, porque esto sería no sólo renegar de todos los antecedentes de imparcialidad de que han dado pruebas las anteriores administraciones sino convertir el poder en instrumento dócil de vulgares ambiciones.

Pero no se diga que no se dispone de elementos oficiales, porque el pueblo sabe el valor que tiene esta frase en los órganos de la candidatura del doctor Alsina.

Si no dispone de más elementos oficiales, es porque éstos no son extraños a la esperanza de éxito y nadie quiere aventurar compromisos a favor de una ilusión calurosa, pero siempre ilusión.

Pero es que tampoco cuenta la referida candidatura con elementos populares.

¿Dónde están esos elementos?

Hasta ahora no los ha revistado ni ostentado fuera de Buenos Aires, donde un partido fuerte y organizado le disputa el triunfo con iguales posibilidades, por lo menos.

Fuera de Buenos Aires, la candidatura del doctor Alsina, a pesar de estar en activa circulación hace seis meses, no ha levantado su voz sino en un círculo diminuto en el Rosario, en una reunión de imprenta en Córdoba y entre los partidarios de López Jordán³⁸.

Hasta aquí el artículo de *La Prensa*.

Este escritor decía la verdad, aunque después se echó en brazos de ese a quien negaba popularidad y atribuía todos los elementos oficiales.

Los que aspirábamos a ganar absolutamente nada en la lucha electoral; los que no estábamos ligados a ningún partido ni separados de otros por las tradiciones políticas; los que hacíamos nuestra entrada a la vida civil en esta jornada, no podíamos afiliarnos al doctor Alsina porque en su candidatura, sostenida hasta por turbas armadas de puñal, no veíamos más que amenazas y serios peligros para el porvenir de la República.

* * *

³⁸ El artículo fue recortado y pegado por Zeballos entre párrafos manuscritos.

EL GENERAL DON BARTOLOMÉ MITRE

La candidatura del general Mitre era verdaderamente seria porque marchando por diferente sendero, despreciaba las armas y la matanza como medios para alcanzar la victoria.

Tenía en sus fieles valiosos elementos populares, pero entre ellos se desprendían ciertas figuras de aspecto desconsolador.

Ellas daban al partido un carácter personal que en vano se esforzaban en desvanecer la inmensa mayoría de los elementos populares que la apoyaban.

A esta circunstancia, y a la de que el general Mitre había merecido ya de su pueblo todas las distinciones y ocupaciones de más alta trascendencia que pudiera alcanzar hombre alguno, atribuimos el hecho de que se alejasen de su candidatura numerosos elementos nuevos o independientes, entre los que yo también esperaba con ansiedad la formación de un gran partido popular y sin sombras de personalidad.

Por lo demás, el general Mitre, poeta, literato, historiador, ha sido juzgado por el distinguido crítico doctor don Pedro Goyena³⁹ en estos términos: “El general Mitre es un orador culto, ilustrado, profundamente conocedor de las cosas y de los hombres de su país, y si a estas dotes se agregan sus antecedentes políticos, su vida entera consagrada al servicio de la patria en la prensa, en los parlamentos, en el campo de batalla, en el gobierno, es natural que se escuchen siempre respetuosamente sus discursos y se medite con atención lo que dice. Es un verdadero senador, aunque no tenga canas todavía, porque representa la prudencia, la práctica de los negocios, la vasta ilustración y esa alta imparcialidad que sabe colocarse sobre las afecciones personales y las pasiones del momento para dar consejos sensatos en medio de las luchas ardorosas y las situaciones difíciles”.

* * *

EL DOCTOR DON NICOLÁS AVELLANEDA

Con razón se le llamaba un hombre nuevo.

Su vida había dejado rastros luminosos como los bólidos que inflaman surcos en las regiones de los cielos.

Ministro laborioso, abogado prudente, escritor chispeante, fue desde la cátedra en que ejerció su palabra largo tiempo, un hombre de porvenir.

³⁹ “El Congreso Argentino de 1870”, en *Revista Argentina*, tomo VII, Buenos Aires, Imprenta Americana, 1870, p. 443.

El doctor Avellaneda unía a su talento una vasta erudición de la que hacía gala y de la cual se apoderaba para dar a sus palabras los resplandores sorprendentes de la literatura y de la historia.

Dotado de extraordinarias facultades asimilativas y de rica fantasía, al día siguiente de leer un libro lo oíais reflejarlo con brillantes matices y giros profusamente arrancados a su cabeza, dispuestos con arte y dichos con esa entonación incisiva característica a su voz.

Es uno de los oradores que como los focos de la luz eléctrica tienen el poder de deslumbrar a las muchedumbres sin inspirarles el respeto que despierta la majestad del doctor Rawson o la solemnidad del general Mitre o los arrebatos del doctor [Manuel] Quintana, porque el doctor Avellaneda inundaba a sus discursos de más ternura que energía.

Gran amigo de Sarmiento, le gustaba compartir las originales opiniones de este viejo soldado de la prensa y del gobierno en que tantos males ha hecho, en medio de escasos beneficios.

Hombre de pasiones violentas y ambiciones impetuosas ha llegado alguna vez hasta poner en duda el talento de sus ilustres competidores políticos.

Débil y temeroso de la censura, siempre se le oía repetir que el hecho local de un diario escrito con decencia producía más efecto que un editorial. Vanidoso y amigo de leer los elogios que le hacen, especialmente los diarios extranjeros, se irrita con facilidad ante el ataque.

El doctor Avellaneda era capaz de un buen resultado rodeado de círculos honrados y de hombres nuevos como él, y pudo aleccionarnos a los que, como yo, preferían verse en absoluta minoría, pero entre elementos puros del pueblo sin reflejos personales ni violentos.

Censurábase el doctor Avellaneda de ser candidato oficial, pero demostraba perfectamente que el Ejército y los elementos pertenecían al doctor Alsina⁴⁰.

Que hubiese trabajado en la instrucción pública por interés de su candidatura era perdonable porque la había hecho progresar hasta el punto de aumentar en cinco mil alumnos los que frecuentaban pocos años antes los colegios nacionales.

Combatía la candidatura Alsina con más vigor que la del general Mitre, porque los elementos de ésta le inspiraban más respeto.

La alianza con el doctor Alsina fue muchas veces tratada por vía de pasatiempo, y muchas veces censurada con calor⁴¹.

⁴⁰ Llamada sin desarrollar en el original.

⁴¹ Llamada sin desarrollar.

¡Hubo quien dijo que se vestiría de luto si él la realizase y quien se comprometió a cortarse la mano antes que pactarla!... Sólo queda la vergüenza para los que la ambición o la debilidad arrastraron a faltar a esos compromisos.

La alianza vino en un momento funesto para el doctor Avellaneda.

Los elementos malos se abrazaron con él y los buenos patriotas se retiraron protestando al seno del hogar.

Profundamente desencantado rompí mi boleta de inscripción y contemplé dolorido desde el fondo de mi retiro el cuadro doloroso que ofrecían las turbas oficiales y las tropas de línea obligadas a avasallar al pueblo en el día solemne destinado al sagrado y libre ejercicio del sufragio.

El descaro con que Avellaneda y Alsina han procedido para servir a sus ambiciones malditas, ha perdido al primero, que como hombre débil se apoya en las armas, y ha afianzado la opinión que del segundo se había formado la mayoría del pueblo que lo derrotó espléndidamente en sus aspiraciones a la Presidencia, reduciéndole al humilde papel de ministro del candidato que más había despreciado y quien conociéndolo bien, lo ha destinado a un puesto de acción.

Sólo un documento, que el pueblo no conoce, basta para demostrar hasta qué punto llegaba la audacia de los que acababan de abrazarse para declarar la guerra a la Constitución y a la soberanía popular, apoyados por Sarmiento, presidente de la República.

Helo aquí:

El redactor de *La Prensa*, ya citado, escribía en el número del 29 de noviembre de 1873:

Agrupaciones caprichosas

Nuestros amigos de las demás provincias saben lo mismo: que no hay alianza posible mientras se lucha, porque no hay alianza fecunda sino en caso de enervación y de muerte.

Y ningún partido es tan indiscreto para decretar su propia muerte. Ninguno tampoco hace cosas inútiles. La alianza entre las candidaturas de Avellaneda y Alsina es entonces una afirmación sin base.

Un agrupamiento caprichoso de imposiciones que no asustan a nadie ni a nadie persuaden de su seriedad.

Conviene no aceptar ni con el silencio insinuaciones que a la distancia pudieran convertirse al menos en creencias.

Estanislao S. Zeballos